



REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

ISSN: 0120-2367

Fundador:
Alfonso Mora Naranjo
Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
John Jáiro Arboleda
Secretario general:
Luquegi Gil Neira

Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Luisa Santa
Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra
Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso
Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,
Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revistaudea@udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

minúsculas



Inutilidad de la guerra

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Probablemente más gente habla hoy en contra de la guerra que nunca antes en la historia. La guerra entendida en un sentido general, no solo la que aqueja a Colombia, sino la que puede afectar a cualquier territorio. Hay argumentos de todo tipo: morales (la guerra genera sufrimiento y muerte), legales (estimula todo tipo de crímenes), económicos (cuesta, y mucho), diplomáticos (es desestabilizadora y acaba con el bienestar), etc. Sin embargo, parece brillar por su ausencia uno de los argumentos más contundentes, a pesar de que resulte uno de los evidentes si se observa la historia del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Y este argumento es simplemente que una victoria militar cada vez sirve menos para conseguir objetivos no militares. Esto es, que la guerra en sí es cada día más inútil.

Lejos están los tiempos en que dos naciones podían enfrentarse a cañonazos hasta que una de las dos caía agotada y tiraba

la toalla. Y sin embargo, la imagen instalada en el imaginario moderno es la del “todo o nada”: Napoleón rindiéndose luego de Waterloo y exiliándose en la isla de Santa Elena. O el Tratado de Versalles en 1919, cuando los emisarios del Káiser alemán —sin posibilidad de negociación a pesar de que sus ejércitos llegaron a estar a solo 120 kilómetros de París— tuvieron que aceptar toda la responsabilidad moral y económica de la Primera Guerra Mundial; un tratado abusivo que facilitó, gracias al resentimiento y la pobreza que creó, la toma del poder por los nazis catorce años después.

La primera guerra contemporánea es realmente Vietnam. La avasallante superioridad militar de Estados Unidos y el que este ganara la mayoría de las batallas no fue suficiente ante la resiliencia de un enemigo mucho más débil que no solo volvía a atacar luego de cada golpe, sino que ampliaba constantemente su apoyo, dentro y fuera de Vietnam. La guerra se hizo imposible de sostener para el país más grande, y no solo por la creciente oposición dentro de Estados Unidos o por los costes económicos, sino, ante todo, porque el Vietcong había pasado de ser mirado con desconfianza a ser cada vez más popular entre los campesinos de Vietnam del Sur, gracias a los abusos de las tropas del gobierno survietnamita y sus aliados. Como dice el exmarine y escritor William Ehrhart: “Sus casas habían sido destrozadas, sus pollos asesinados, su arroz confiscado... Aunque no existieran partidarios del Vietcong en una

comunidad antes de que fuéramos allí, es seguro como el infierno que ya los había cuando nos íbamos”.

Y ese patrón —ser el más fuerte militarmente no implica ganar— sigue profundizándose en las guerras siguientes, hasta el punto de que, a menos de que haya ya un gobierno cuya legitimidad se tambalee desde antes de la guerra o una diferencia gigantesca en el tamaño de los adversarios —como en las invasiones de Granada y Panamá—, hoy solo se puede negociar cuando existe una derrota parcial. En cambio, cuando un bando es derrotado de forma total, las posibilidades de una paz duradera disminuyen, porque la guerra tiende a fragmentarse en mil focos y la radicalización vuelve imposible la negociación.

Ejemplo de lo primero es la guerra de Bosnia-Herzegovina en los noventa: el gobierno serbio fue forzado a negociar, lo que llevó a que varios de sus líderes fueran juzgados por algunos de los más atroces crímenes de guerra de la época contemporánea. El ejemplo más obvio de lo segundo es, por supuesto, Iraq. Desde el momento en que Estados Unidos disolvió el gobierno y el ejército iraquíes en lugar de forzarlos a hacer cambios profundos, una victoria clara se hizo imposible, y en el país que tenía el gobierno más secular del mundo árabe surgieron grupos radicales que ya no consideran aceptable ningún resultado que no sea imponer un único culto global. O podría hablarse también de Israel, que en setenta años ha ganado —o empatado— numerosos conflictos

militares, pero cuya existencia a largo plazo sigue estando todo menos garantizada, pues la falta de acuerdos ha llevado a la radicalización en ambos lados.

Los humanos tendemos a buscar ejemplos para reforzar nuestras creencias, hasta el punto de crear normas a partir de excepciones si eso las ayuda. No en vano, la guerra más instalada en la imaginación contemporánea es la última gran guerra en que uno de los bandos pudo ganar de forma clara y total usando primordialmente medios militares: la Segunda Guerra Mundial. En ella todo ayuda a la simplificación, a la digestión complaciente: un enemigo inobjetablemente malvado que fue aplastado luego de millones de vidas perdidas. Pero ello no solo olvida la diferencia de tamaño de los grupos en conflicto, sino el peso que hechos como la revelación de los crímenes nazis y las ayudas económicas del Plan Marshall (o en Japón el deseo de acatar la voluntad del Emperador) tuvieron en impedir que la guerra se prolongara en una resistencia interminable en los países derrotados. Por eso, en lugar de aprender lo que sí funcionó en esa guerra, se hace hincapié en practicar lo que no funcionó: esto es, lo que ayudó a que los nazis perdieran la guerra. Ante todo, la idea de que existe una superioridad intrínseca sobre el adversario, por lo que si se le golpea lo suficientemente duro este se rendirá al final, ya que lo suponemos de limitado heroísmo, pues el monopolio de esa capacidad lo reservamos en la imaginación para nuestro propio grupo, del tipo que sea.

Hoy los gobiernos y mandos pueden caer, pero eso no significa el fin de la guerra, pues ya la guerra no se libra a partir del control del territorio, sino de la población, y esta es siempre mucho menos homogénea y tiene elementos más resistentes que lo que la propaganda permite ver. Así, lo que lleva a pensar hoy en victorias básicamente militares no es más que una desviación de la creencia de Hitler cuando decidió bombardear a Londres como “estrategia de terror” pensando que ello suavizaría la posición inglesa, pues en la imaginación del tirano sus habitantes, acobardados, demandarían cambios en el gobierno. Esto es, ese etnocentrismo tan marcado en los nazis, pero que no es de su propiedad exclusiva, ni solo surge de lo étnico, pues al final consiste en la idea extendida (y reforzada siempre por la propaganda) de que el propio grupo es superior al otro, más valiente, más dispuesto a hacer sacrificios.

En 1940 sucedió lo contrario de lo esperado por Hitler: los bombardeos reforzaron la determinación británica de combatir. Y lo contrario de lo esperado seguirá sucediendo una y otra vez mientras tendamos a subestimar al adversario, un aspecto del que parece no escapar ningún grupo humano, ni étnico, ni religioso, ni político. ¿Por qué falla la violencia como estrategia definitiva? Simplemente porque, para bien y para mal, la posibilidad de lo heroico vive en cada uno de nosotros. Y esa misma fuerza que puede contribuir a la construcción de la paz y de la prosperidad, puede asegurarse de que las guerras nunca acaben

mientras no veamos al otro como lo que es: un ser humano más allá de cualquier otra diferencia, y por tanto con potencial para todo el horror pero también para todo el heroísmo. O si se quiere, simplemente, mientras no lo veamos como un igual. ■

agarlon@hotmail.com



Fuera del paraíso

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Hace 60 mil años comenzó la caminata más importante del ser humano. En ese momento decidió salir de África y aventurarse por lo que hoy es Medio Oriente, Asia y Oceanía. Recorrió las actuales China y Rusia y muy en el norte encontró un paso helado que le sirvió de puente para cruzar hacia el continente americano. Al encontrar que el mundo se le abría de nuevo, siguió hacia el sur, se internó en el trópico y llegó a la línea ecuatorial, donde las estaciones no cambian —como en África central—. Pero allí no se detuvo, sino que siguió avanzando en busca de más, hasta que se le acabó el camino

en la punta más austral de Suramérica.

Esta caminata le tardó al hombre 50 mil años, tras los cuales dio fin a la epopeya fundamental de su especie. Vendrían muchas otras migraciones, pero ninguna tendría la naturaleza de aquella que lo llevó a romper las fronteras naturales de África. Así pues, después de tocar las últimas islas suramericanas, cualquier nuevo paso en otra dirección era retornar a casa o pisar donde ya alguien había pisado. Entonces se asentó y comenzó una relación diferente con la tierra: cultivó, fundó ciudades y peleó por el territorio. Moverse de un lado a otro con el objetivo único de la búsqueda de lo desconocido dejó de ser un llamado de la genética.

Inspirado en esa caminata ancestral llevada a cabo por cientos de generaciones, el periodista Paul Salopek ha emprendido un recorrido que la reconstruye. Su proyecto consiste en recorrer los 35 mil kilómetros de travesía entre Etiopía y Tierra del Fuego en siete años, comenzando en 2013 y terminando en 2020. Más que una hazaña, su empresa viajera es un homenaje a los que nos precedieron. Y así mismo, un llamado al hombre de hoy a reconectarse con su propio ritmo, el ritmo de sus pasos. Es una invitación a redescubrir el milagro del desplazamiento en dos tiempos, ese “bamboleo yámbico” —dice, haciendo alusión al pie de los versos de la poesía griega y latina—.

Salopek nació en California pero pasó parte de su infancia

en México, de donde volvió a Estados Unidos a estudiar biología ambiental. Ejerció como vaquero en fincas y luego se ganó la vida como pescador comercial, y con esa ecléctica preparación se dedicó al reportaje periodístico desde diferentes lugares del mundo. Fue a través de sus trabajos en África que supe de él por primera vez. Me llamaron la atención dos reportajes, uno sobre los pigmeos y otro en el que atravesaba el continente africano de costa a costa recolectando historias de la gente común. Su osadía para lanzarse a cruzar las etéreas fronteras de los países del continente negro recuerda inmediatamente a Ryszard Kapuściński, con quien Salopek comparte además la facilidad para transmitir al lector la poesía de lugares insospechados.

Pero Salopek no camina de espaldas a la historia, ni pretende rebobinar la película de la ambición humana. Al contrario, este caminante quiere que, así como el hombre intentó abrazar el mundo con el trazado de su recorrido, los que hoy vivimos el presente nos tomemos el tiempo para atar los cabos que van quedando sueltos al movernos de manera vertiginosa a través de las conexiones tecnológicas. Por eso su caminata está siendo registrada en la página www.outofedenwalk.com, con muchas maneras de participar, de caminar con él. Hay allí una selección de mapas, una herramienta para educación de los niños en el colegio y un laboratorio de discusión acerca de lo que él llama el “periodismo lento”. Además, seguidores de todo

el mundo aportan al viaje con sus experiencias y observaciones, con el riesgo de que el gran caminante les responda.

Cada vez que el GPS marca 160 kilómetros de caminata, Salopek establece un mojón: anota la ubicación, toma una foto del suelo, otra del cielo y hace un video corto. Enseguida localiza al ser humano más cercano y le hace una breve entrevista: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Para dónde vas? Las respuestas a estas preguntas abren una ventana a esas pequeñas migraciones cotidianas con las que el hombre recuerda viejos tiempos de incertidumbre. Hay además en su página de internet un archivo de sonido, a veces con voces, a veces con el sonido del viento. Mientras tanto, el periodista envía “despachos” a periódicos y sin longitud definida, que dependen de las circunstancias, el tema o sus propias ganas de escribir.

Tras casi dos años de haber comenzado a caminar, Salopek se encuentra ahora (septiembre del 2014) en Chipre, después de haber salido de Etiopía y pasado por Yibuti, Arabia Saudita, Jordania e Israel. Aunque la regla general de este nómada moderno es desplazarse únicamente con sus piernas, en este trayecto ha tenido que tomar dos botes: uno para cruzar el mar Rojo y otro para llegar a la isla de Chipre. No tenía en sus planes este último desvío por el Mediterráneo, pero la guerra en Siria lo obligó a descartar su paso por este país. Así que tendrá que dar un rodeo por Turquía y seguir hacia el Oriente un poco más al norte

de lo que tenía pensado. De ahí en adelante, probablemente los únicos pasos que haga en barco serán el del estrecho de Bering y el del Darién colombiano, donde llegará después de cruzar Asia y Norteamérica.

De todas las líneas que hoy cruzan el mapamundi mostrando diferentes modelos de comunicación, la del recorrido de Paul Salopek es la primera de todas, la que más se tardó en demarcar, y la que hoy parecemos haber olvidado. Árabes millonarios lo miran extrañados desde sus automóviles último modelo peregrinando a pie hasta la Meca. Personas del común se detienen a su lado en la carretera para convencerlo de que acepte un aventón hasta el pueblo siguiente: ¿Qué necesidad hay de caminar, cuando se puede ir en cualquier tipo de transporte, sin cansarse y en menos tiempo? El caminante se niega comedidamente y continúa, pues sabe que solo así podrá recuperar el sentido del ritmo de esa poesía original que fue la primera caminata del hombre por el mundo desconocido. Estaremos a la espera para cuando pase por Colombia, y quizá podamos caminar a su lado. ■

agromena@gmail.com





La gran guerra dibujada

ÁLVARO VÉLEZ

A principios del siglo II después de Cristo, el emperador Trajano mandó construir un complejo urbano en la ciudad de Roma, que incluía un mercado y un foro. El complejo fue rematado con una columna que mostraba, con la ayuda de dibujos esculpidos sobre el mármol de Carrara, la crónica de la campaña y la victoria de Trajano sobre los Dacios. Esos dibujos en relieve, “enrollados” en la columna de Trajano, son uno de los referentes que demuestran la presencia de la narración gráfica desde tiempos antiguos.

También es referente claro de la prehistoria de la historieta el tapiz de Bayeux, un lienzo bordado del siglo XI y de casi 70 metros de longitud que describe la conquista de los normandos sobre Inglaterra, y que finalizaría con la batalla de Hastings. Es a partir de este referente que de manera directa parte Joe Sacco para elaborar su obra de *La Gran Guerra* (Barcelona: Penguin Random House, 2014). Es clara la influencia

del tapiz de Bayeux, y Sacco lo menciona en sus notas introductorias al libro.

La Gran Guerra es una narración gráfica que describe los acontecimientos del primer día de la batalla del Somme (el 1.º de julio de 1916), que fue la más larga y sangrienta de la Primera Guerra Mundial —20.000 soldados británicos murieron y 40.000 quedaron heridos en el primer día—. El libro está construido a la manera del tapiz de Bayeux, pues se trata de una sola pieza dibujada, de más de siete metros de longitud, y que permite su formato de libro gracias a que está doblado en forma de acordeón.

Sobre la Primera Guerra Mundial se han hecho otros trabajos importantes en historieta, en particular las obras de Jacques Tardi: *La guerra de las trincheras* y la posterior *¡Putá Guerra!* Joe Sacco reconoce estos referentes en la introducción de su obra y argumenta la necesidad de hacer algo más, quizás diferente, a lo que el francés Tardi ya había escrito y dibujado. Por eso la emprende con un solo cuadro, de más de siete metros, en donde describe, solo con la ayuda de sus dibujos, el primer día del Somme: la preparación del ejército británico, en donde vemos como primer referente al general Douglas Haig (conocido como “el carnicero” del Somme); los caballos tirando las carretas con el avituallamiento o las baterías de cañones de diferentes calibres; la línea final del ferrocarril y la entrega de armas y raciones de comida a los soldados; la construcción de las trincheras y la llegada al frente

de las diferentes compañías del ejército británico; los aviones de reconocimiento y los primeros disparos de cañón hacia las líneas alemanas. Después de una noche, que también es dibujada, en donde podemos apreciar la llegada de la caballería india, empiezan los movimientos de hombres dentro de las trincheras mientras los cañones rugen con más intensidad sobre las líneas enemigas, tratando de aniquilar la mayor cantidad de alemanes para permitir que la ofensiva de los soldados británicos sea más efectiva. Se imparten entre las tropas para incentivar el valor y salen los primeros soldados británicos de las trincheras; se intensifica el ataque de los cañones y también se activan las baterías alemanas, en defensa de sus posiciones; vemos las primeras bajas en una escena que se convertirá en toda una carnicería.

Los momentos finales del largo dibujo de Joe Sacco nos recuerdan las verdaderas consecuencias de la guerra: la larga fila de heridos que salen de las trincheras, después de su fallido ataque; las legiones de mutilados, que no dan abasto en los improvisados puestos de cirugía detrás de las líneas del frente, y los muertos, que se acumulan en una sucesión casi interminable, y que es necesario enterrarlos de inmediato para prevenir muchos más males. Las cruces se van colocando, una vez cerradas las tumbas, una al lado de la otra en una serie que solo es interrumpida por alguna que otra estrella de David.

Joe Sacco ya nos ha mostrado los colores de la guerra

en otros conflictos, como en Palestina y en la guerra de Yugoslavia, y lo ha hecho con gran maestría, con sus dibujos y apuntes, pero más en tono de periodismo de guerra. En *La Gran Guerra* esos logros en las obras anteriores de Sacco no se pierden, por el contrario, se ven aumentados por un dibujo aún más logrado y detallado y, sobre todo, por el formato en que lo presenta. Al abrir los más de siete metros de este “tapiz”, la impresión de estar presenciando todo un cuadro de la batalla del Somme se muestra de una enorme potencia.

La introducción al “tapiz” de Sacco viene en una cartilla que cuenta con un ensayo, acerca de la batalla del Somme, del historiador Adam Hochschild, además de la descripción de algunas imágenes que aparecen en los más de siete metros de narración dibujada y que, obviamente, son el complemento perfecto para su lectura.

Antes se podía decir que la narración dibujada tenía un gran potencial; con *La Gran Guerra* de Joe Sacco, al igual que con otras obras recientes de algunos grandes autores del cómic contemporáneo, se puede decir que ya ha alcanzado ese potencial. *La Gran Guerra* amplía las fronteras de la narración dibujada y conserva, aún más que otras obras, su relación directa con referentes tan antiguos de la cultura y la civilización humana como la columna de Trajano y el tapiz de Bayeux. ■

truchafrita@gmail.com



Leviatán

*...no hay chifladura de las bestias
de este mundo
que no esté infinitamente superada
por la locura de los hombres.*

Herman Melville

PALOMA PÉREZ SASTRE

El cumplimiento de un deseo suele venir acompañado de un desencanto, grande o pequeño. Nunca se sabe qué porción del éxtasis imaginado va a sobrevivir al aterrizaje. El capitán Ahab pensaba que “hasta las más sublimes felicidades terrestres encierran siempre alguna mezquindad insignificante”. Y, claro, lo que pasa es que las fantasías parecen puras mientras son etéreas, pero no contamos con las circunstancias que rodearán el milagro de la materialización. Las circunstancias y aquellos inevitables testigos para los que lo extraordinario es cotidiano son los que vienen, a veces, a pinchar el globo.

Esta vez iba preparada para concentrarme en la esencia y no dejar que elementos externos aguaran la experiencia. Llegamos al embarcadero de Juanchaco en una panga de

dos motores capitaneada por un negro joven que demostró pericia en el temible Paso del tigre. Antes de partir del mugriento puerto turístico de Buenaventura, el guía nos había advertido de que encontraríamos mucha basura en las playas y flotando en el mar, y nos había aconsejado enfocarnos en apreciar la magnificencia del Pacífico colombiano, para no mortificarnos. En efecto, la contaminación venía tanto de la variedad de plásticos como del volumen insólito del reguétón.

Queríamos ver las ballenas yubarta que hacen de bahía Málaga su sala-cuna entre julio y septiembre, por la calidez de sus aguas. El deseo no se había cumplido en un primer intento diecisiete años atrás en Turquí, Chocó, cuando solo vimos dos lomos fugaces a lo lejos. Iba emocionada, pero suponía que, llegado el momento del encuentro, estaría muy asustada temiendo que la ballena volteara el bote, como en *Moby Dick*, pese a que el video instructivo aseguraba que aquello no pasaría. El video exponía, además, las normas para avistamiento; entre ellas, no acercarse a menos de 200 metros, no apagar el motor y ubicarse siempre por detrás para respetar el rumbo de la ballena.

Al otro día, nos dirigimos de frente hacia las tres islas que custodian la bahía —Morro chiquito, Morro del Medio e Isla Palma— y doblamos a la derecha buscando el sector donde el día anterior las habían visto saltar los lancheros, quienes afirmaban que cada año se alejan más de la playa. Pronto apareció un surtidor en la distancia.

La tensión fue evidente entre los siete pasajeros; sobre las once, había una ballena. Pero la realidad empezó a revelar su ramplo-nería cuando el motor se puso a tartamudear y se apagó. El olor a gasolina impregnó el ambiente.

Ismael cuenta que los balleneros consideraban tóxico el chorro de agua y vapor que lanza la ballena cuando respira; nosotros lo recibimos felices a menos de cien metros de distancia, donde, paralelos y en perfecta simetría, nadaban madre e hijo. Yo deseaba en silencio no ya un salto, que era mucho pedir, sino una exhibición de la gran cola. Para Ismael, el minucioso anatomista de cetáceos, “en ninguna cosa viva las líneas de hermosura se encuentran, están definidas de un modo tan excepcional como en los bordes semicirculares de estas aletas”. Así pues, el temido leviatán, monstruo de los mares, asesino de pescadores ávidos, masacrado hasta casi la extinción, aparecía en la forma de una madre que confiada y orgullosa mostraba su cría.

A la desobediencia del lan- chero le debo el prodigio que nunca habría podido anticipar: muy cerca, la madre se puso boca arriba y descubrió la blancura de su vientre; el ballenato la imitó y, al darse vuelta de nuevo, levantó su cola. La exquisitez de esa colita elevándose al cielo con toda la gracia me entregó una visión arrobadora, pura y eterna en mi memoria. Una magia que ningún truco puede superar.

El motor volvió a apagarse varias veces, tantas como el lan- chero se le atravesó de frente al dúo. Entendí por qué las ballenas se han ido alejando de la

playa. De regreso, observamos los pájaros en la isla Morro chiquito: pelícanos, fragatas, martin pescadores y sulas patas azules migratorias. Las mismas aves que después se ven circulando en fotos por internet con el estómago reventado, lleno de tapas y basura plástica. Las cosas se van poniendo en su sitio; está claro cuál es la especie chiflada a la que hay que temer. ■

sastreperez@gmail.com
Profesora de la
Universidad de Antioquia



James Joyce en Trieste

LUIS FERNANDO AFANADOR

Una conferencia de Italo Svevo sobre James Joyce, publicada este año por la editorial independiente Páginas de espuma, ratifica algo que ya nos habían adelantado Richard Ellmann —su mejor biógrafo— y John McCourt: la importancia que tuvo para la vida y la obra del escritor irlandés su larga residencia en Trieste. *Los años de esplendor*, lo llamó McCourt en una clara alusión al sentido literal de Bloom —floración—, el apellido del antihéroe del

Ulises. En su conferencia, que hace parte del libro titulado *Ensayos* (publicada de última en español pero cronológicamente anterior y por lo tanto pionera en el asunto), dice Italo Svevo: “Cuando tras una larga ausencia de mi país, llego a París, voy a ver a Joyce a su tranquila y bonita casa en Square Robiac, y me da la sensación [de] que llego a mi patria. También la mujer de Joyce le tiene mucho cariño al país donde pasó con su marido los años más bonitos de su vida”.

James Joyce, con veintidós años, y Nora Barnacle, con veinte, llegan a Trieste en septiembre de 1903 (un año antes de lo que nos dice McCourt en *Los años de esplendor*). Allí permanecerán hasta 1915, interrumpidos solo por una estadía en Roma y algunos breves viajes. Joyce viene huyendo de Irlanda: “Nadie que se respete a sí mismo se queda en Irlanda”, había escrito. Irlanda es un lastre para él, un dolor del cual nunca se curaría, pero necesitaba al menos una distancia para escribir sobre ella y la cosmopolita y poliglota Trieste iba a permitirselo. Trieste, en ese entonces, pertenecía al imperio austrohúngaro, era el puerto que le daba salida al mar. Una activa ciudad burguesa con astilleros, bancos e industria, y una estimulante vida cultural: sede del futurismo de Marinetti; Gustav Mahler dirigía su orquesta; el poeta Rilke y Winkelman, el redescubridor de la Grecia clásica, también habían recalado en Trieste, la ciudad de Umberto Saba y, por supuesto, de Italo Svevo, el autor de *La conciencia de Zeno*, la gran novela sobre la enfermedad y la neurosis del

ser humano. El industrial Ettore Schmitz (Italo Svevo), quien antes de la llegada de Joyce publicó dos obras que pasaron intrascendentes, había renegado de la literatura y llegó a escribir en su diario: “He eliminado de mi vida ahora y definitivamente esa ridícula y peligrosa cosa que se llama literatura”. Se necesitaría que James Joyce, su joven profesor de inglés, lo alentara a retomar la senda creativa para que fuera posible aquella extraordinaria novela. No solo favores recibiría Joyce de la ciudad, también se los retribuiría.

No fue fácil la existencia de los Joyce en Trieste. Vivían saltando matones, y el escaso sueldo de James como profesor de inglés en la Berlitz School debía complementarse con el periodismo, la elaboración de cartas comerciales y hasta un fallido intento de llevar cine mudo a los teatros de Dublín. Sin contar con los “sablazos” por dinero a su hermano Stan. Numerosos domicilios tuvo la familia Joyce, según lo cuenta prolijamente Higinio Polo en *Joyce: triste Trieste*. Lo cual tiene una prosaica explicación: huir de los acreedores. A diferencia de su alter ego en el *Ulises*, Stephen Dedalus, bastante andrajoso, a Joyce le gustaba comer bien y vestir bien. Y eso cuesta. Dice Italo Svevo: “todos los que lo conocen saben que el Joyce que se lava todos los días no es Stephen Dedalus, el poeta mugriento que cuando ve a los demás lavarse y rasarse piensa: ‘Intentan alcanzar su propia conciencia’. Dedalus es desenfrenado mientras Joyce un día me reprendió porque

me permití una broma atrevida. Declaró: ‘Yo nunca digo esas cosas, aunque las escriba’”.

Joyce, según reza el título de una de sus obras, fue un exiliado, un exiliado que no quiere regresar a la patria, como alguna vez le confesó a Svevo: “Es peligroso abandonar la propia patria, pero más lo es volver, porque entonces sus compatriotas, si pueden, le clavan un cuchillo en el corazón”. Lo anterior no quiere decir, como se ha dicho, que no estuviera pendiente de Irlanda, de su política y su lucha de liberación nacional. Un amargo sentimiento anticolonialista lo embargaba y hacía problemática su relación con Inglaterra o, mejor aún, con algo que nos resulta más interesante: el idioma inglés. Trieste le permite vivir el exilio de la mejor manera, sin renunciar a su “soledad aristocrática” y participando en la distancia, con artículos en el diario *Piccolo de la Sera*, en fin, ser como el Telémaco del *Ulises*, el que está “lejos de la batalla”. Y, rodeado de otras lenguas, conviviendo con ellas —se comunicaba en italiano con sus dos hijos, que nacieron en Trieste—, podía escribir mejor sus juegos de palabras, sus burlas y pastiches al inglés. Podía pulir mejor el carácter vagabundo de Leopoldo Bloom.

La obra más importante de Joyce se escribió en Trieste: *Música de cámara*, *Dublíneses*, *Retrato del artista adolescente* y algunos capítulos del *Ulises*. Dice Svevo: “Pero también parte de *Ulises* nació a la sombra de San Justo, porque Joyce permaneció varios meses entre nosotros después de la guerra. En 1921

yo fui el encargado de llevarle de Trieste a París las anotaciones para el último episodio. Se trataba de varios kilos de papeles sueltos que no me atreví a tocar para no alterar el orden, que me parecía inestable”.

En Trieste, con su mezcla de “rigidez austriaca y teatralidad italiana”, donde convivían pacíficamente cristianos, judíos y ortodoxos y el bóreas, un viento violento y helado que viene del noreste y hace que sus habitantes sean propensos al suicidio, se escribió la mejor literatura de vanguardia del siglo XX. ■

afanadorluis@outlook.com



El trabajo nocturno

LUIS FERNANDO MEJÍA

Afortunado el hombre que tiene tiempo para esperar.
Calderón de la Barca

Hay muchos animales nocturnos, pero el ser humano no es uno de ellos. Las personas no son murciélagos, aunque algunas compartan ciertos rasgos con los mamíferos voladores; tampoco son búhos ni tortugas marinas, que pasan sus vidas nocturnas

despiertas y activas, con absoluta naturalidad. El organismo de los hombres y las mujeres de hoy está preparado para laborar de día y descansar de noche. La Organización Internacional del Trabajo estima que un trabajador envejece prematuramente cinco años por cada quince años que permanezca en tareas nocturnas. Y agrega que en la noche se producen más accidentes laborales, pues la mente está menos alerta.

Las anteriores consideraciones de la OIT deberían desestimular el trabajo nocturno, pero la máquina desbocada de los intereses económicos pretende hacer creer que es lo más normal del mundo ganarse el pan con el sudor de la frente del otro en jornadas eternas, entre tinieblas y luz artificial. Pocos se percatan de que los trabajadores nocturnos viven al revés, con una vida familiar y social no satisfactorias, pues las actividades cotidianas básicas de la comunidad están pensadas y estructuradas para ser realizadas bajo la luz del sol, más o menos desde el momento en que comienzan a cantar los pajaritos hasta la hora en que se recogen las gallinas para dormir.

“Amo la noche con pasión. La amo, como uno ama un país o a su amante, con un amor instintivo, profundo e invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician”. Esta frase, por supuesto, es del escritor francés Guy de Maupassant. No pertenecerá nunca a Jairo Paniagua, obrero que fabrica ladrillos

desde las 7 p.m. hasta las 5 a.m., de lunes a sábado, en unas instalaciones de tortura que llaman empresa.

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche, /Pensar que no la tengo, sentir que la he perdido. /Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella, /Y el verso cae al alma como al pasto el rocío”. Ya se sabe que este verso es de Pablo Neruda; nunca lo imaginará Orlando Higuera, quien se entierra todas las noches en una tenebrosa mina de carbón, aunque tiene su novia.

La humanidad, por trabajar en la noche, se pierde más de un poeta. La oscuridad de los días se hizo para conquistar el alma, no para el trajín de hacer cosas estresantes, repetitivas y tediosas. No hay afán, la naturaleza siempre trabaja sin requerir en todo momento del mamífero humano. Los pastos crecen, las frutas maduran, los peces se multiplican y las vacas acumulan leche en medio de la soledad y las tinieblas, sin agotar a ninguna persona. La vida les provee a los individuos dotados de razón infinitos recursos sin exigirles que la acosen las veinticuatro horas del día. Es perjudicial para una mente sana olvidar que primero fue la vida y mucho después apareció el bípedo humano.

Pero a los obsesionados por acumular bienes, sin importar el costo humano, no se les ocurre intentar alternativas que sustituyan, en general, el trabajo nocturno. Olvidan que la ciencia y la tecnología deben estar al servicio de la gente. Por ello, muy pocos prefieren que los robots reinen en las noches con la más mínima presencia humana. Las

máquinas simples y las más sofisticadas se deben tomar la luz de la luna mientras el “músculo duerme”. Solo el personal esencial en seguridad y salud debe estar disponible para atender urgencias en cualquier instante. Parece poco civilizado registrar en las noches obreros produciendo, por ejemplo, telas y zapatos; y jóvenes ejecutivos esclavos del computador, de claro en claro. ¿Y dónde queda el discurso del ocio creativo? Imposible con individuos exhaustos que recorren su existencia de espaldas a los demás; mientras la mayoría viene, ellos van.

Esa angustia por exprimirle valores materiales a todos los minutos del día está legitimada por el desatinado refrán de que “el tiempo es oro”, el que se ha impuesto como una verdad revelada por todos los dioses celestiales y terrenales. Se ha entronizado en las mentes de los pobres y de los ricos, por eso queda poco por hacer, aunque algún humanista, como el español José Luis Sampedro, se haya rebelado contra tal aseveración y hubiese dicho que “el tiempo no es oro, el tiempo es vida”; una tímida protesta que por fortuna aún no ha sido aplastada.

Queda una recomendación necesaria. Aprender de los murciélagos, los búhos y las tortugas marinas que no retan su esencia, se mantienen como animales nocturnos: no se conocen noticias de que quieran ser animales diurnos. No se deforman o envejecen prematuramente viviendo al revés. ■

lfmejia@udea.edu.co